

LA INICIACION ARQUEOLOGICA EN LA ESCUELA PRIMARIA

por MARGARITA PEÑALOSA ESTEBAN-INFANTES

Catedrático de Historia del Instituto de Puertollano, Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Sumario.—Introducción al tema.—Breve consideración histórica.—Concepto actual de la Arqueología. Los métodos de la Arqueología: referencia a la escuela primaria.

Vamos a no ser ni demasiado optimistas ni escépticos. Vamos a no creer que en la escuela se puede llegar a todo, pero también vamos a pensar que es conveniente aprovechar, sin embargo, todas las posibilidades que dé un ambiente determinado para hacer una enseñanza, y sobre todo una formación humana, fundamental y total. Entonces, si cerca del pueblo o en la ciudad misma hay un yacimiento arqueológico o se produce un hallazgo casual (a veces tan fecundos en consecuencias), el Maestro hará muy bien en llevar a los niños allí. Las cosas, así, aunque cuenten siglos o milenios, son tan actuales y tan reales, tan "vivas", como el avión a reacción que surca los aires o la traída de aguas que se está construyendo por esos mismos días. Porque interesa también ver la Arqueología y lo arqueológico como algo de nuestros días, aunque en sus páginas de tanto tiempo, en sus páginas de piedra y restos nos traiga la evocación de un pasado interesante.

Pero no llevemos el optimismo didáctico hasta el extremo de creer que cualquiera puede meterse a arqueólogo, ni siquiera el Maestro o la Maestra, dotados, sin duda, de una formación histórica. Voy a recordar que se ha dicho, en frases muy gráficas, que una excavación arqueológica es como un libro que sólo puede leerse una vez o una experiencia de química que no puede repetirse. Es cierto. Y por eso, estamos obligados a que la lectura se haga por quien esté especializado en la gran dificultad que entraña; y que la experiencia de laboratorio, por ser teóricamente irreplicable, se realice con todas las garantías de un buen resultado. Mi primer consejo, si es que puedo darlo, es la moderación. Que no queramos ser todos "arqueólogos", o que por el deseo de ser conocidos como descubridores, no hinquemos la piqueta inoportuna e imprudentemente, causando tal vez—seguramente, diría mejor—unos daños que luego no pueden enmendarse. Vale más avisar y esperar.

Breve consideración histórica.—Vale más así, porque aunque la Arqueología es ciencia reciente, sus métodos son muy rigurosos. Quizá por ser tan re-

ciente y haberse formado en una época (prácticamente, desde principios del siglo XIX) en que la metodología científica y técnica ha afinado hasta lo inverosímil los procedimientos.

La antigüedad clásica tiene nombres de precursores: Plinio, Vitrubio, Luciano de Samosata y Pausanias, por ejemplo, entre otros. Pero son sólo eso, precursores. Luego, en la Edad Media, esta curiosidad desaparece. Las ruinas se pueblan de leyendas. Pero durante el Renacimiento, el culto a la antigüedad clásica, sobre todo en Italia, a la vez que destruye muchas cosas, excavadas sin el debido método y con criterios de meros anticuarios, la Arqueología, con todo, conoce la primera gran época de desarrollo. Grandes nombres: Pomponio Leto, fundador de la Academia de Roma; Onofrio el Pamvino, autor de la primera colección de inscripciones latinas (*Corpus Inscriptionum*); Antonio Bossio, que descubrió las Catacumbas y el famosísimo Muratori, ya más tarde. Sólo muy poco después, los españoles Alfonso Chacón; Rodrigo Caro, el poeta; Antonio Agustín y Ambrosio de Morales. Más tarde, en la misma línea de gran erudición y crítica, casi adelantándose a lo mejor que se haya hecho luego, Masdeu, Florez y el epigrafista Velázquez.

A fines del XVIII, los grandes nombres alemanes, que darán dirección y sentido a la Arqueología posterior: Winckelmann, Lessing, Herder y el propio Goethe, cuya curiosidad universal le llevó también hacia los misterios del tiempo pasado y atisbó muchas de las grandes cosas que alumbraría la Arqueología.

Tras ellos, la ciencia arqueológica se consolida diríamos que experimentalmente. A partir del siglo XIX comienza su gran desarrollo, con trabajos de campo, campañas de excavaciones *in situ*, publicación de memorias de riguroso tecnicismo, alumbramiento de civilizaciones enteras, de las que los textos históricos no nos daban más que leves generalizaciones. La Arqueología se objetiviza; se desprende de valoraciones estilísticas o artísticas, apura sus métodos hasta clasificar con rigor y describir con exactitud. Se convierte en un instrumento del saber histórico de las más lejanas épocas, sin mengua de su valor propio. Su desarrollo es en cierto modo paralelo al de la Filología, que reconstruye los Idi-

mas antiguos, como base para el mejor conocimiento de los pueblos, prescindiendo—aunque lo tengan—de sus perfecciones estilísticas en las obras literarias.

En 1799 Champolion descifra la famosa piedra de Rosetta y comienza la egiptología; en 1843, Botta, Layard, Place y otros comienzan la asiriología; en 1851, Oppert inicia la investigación sistemática de Mesopotamia; en 1875, Curtius excava en Olimpia y deja un modelo de lo que debe ser una excavación arqueológica; luego encontramos las investigaciones de Evans y Schliemann en Knossos y Troya; las de Andrae en Assur y las de Winckler en Bogazkoi, que descubren nada menos que el imperio de los hititas.

A la vez se ha ido desarrollando la Arqueología española. En 1860, se descubre la plástica ibérica del Cerro de los Santos; en 1875 don Marcelino de Sautuola descubre Altamira y con ella, nada menos que la pintura rupestre, acogida primero como falsificación y luego con asombro general, al demostrarse la autenticidad del arte prehistórico; en 1887 los hermanos Siret terminan su prodigiosa obra de alumbrar la prehistoria del extremo SE. de nuestra Península (Argar, capsense peninsular); en 1897 aparece casualmente la Dama de Elche; a partir de 1905 (investigaciones de Schulten en Numancia) el avance es prodigioso; el mismo Schulten excavará Tartessos; Breuil y Alcalde del Río encontrarán y estudiarán las pinturas del Levante español, tan distintas de las cantábricas; Mérida nos dará los monumentos de Mérida; Blázquez el mapa de las calzadas romanas por Castilla; Velazquez y luego Castejón Martínez de Arizala las de Medina Azahara. Es imposible seguir. Falta espacio. Pero todo esto demuestra que no nos hemos quedado atrás y que las excavaciones, sistematizadas, con perfecta conservación de lo excavado y conseguido, se han proseguido en España a ritmo mundial.

Concepto actual de la Arqueología.—Si hemos hecho esta breve panorámica de la Arqueología es para demostrar que ya no puede dejarse en manos de aficionados; esos nombres de sabios que dejan su patria para ir a tierras lejanas y proseguir durante largos años un trabajo penoso y difícil nos deben enseñar modestia y precaución. No pongamos, pues, la azada o lo piqueta en manos de los niños. No se puede jugar a la Arqueología, porque se corre el riesgo de estropear, para siempre, irremediablemente, un yacimiento interesante. Pero vayamos con los niños a la excavación o a observar el fruto de la excavación, obteniendo de tal observación del fuste roto, del capitel bello, del fragmento cerámico o de la necrópolis, la enseñanza de que, en el siglo de la técnica, también siguen interesando las edades pretéritas.

Por esa larga serie de arqueólogos que hemos citado, la Arqueología ha llegado a ser una ciencia precisa, detallada, exigente y minuciosa.

Según una determinación de la legislación de ex-

cavaciones arqueológicas, en España llega la Arqueología hasta el estudio de los monumentos de la época de Carlos I (excluida). Otros quieren reducirla hasta los germanos, es decir, hasta el fin de la Edad Antigua. Parece mejor extenderla hasta Carlos I, porque queda incluida entonces, dentro de la Arqueología toda la Edad Media, tan necesitada de estudios especializados. La reducción tiene como base la idea de que la Arqueología debe limitar su campo de acción hasta aquellas épocas en que la fuente de conocimiento sea predominantemente "monumental", en vez de "documental". Pero esto es demasiado relativo. Entonces habría que excluir de lo arqueológico nada menos que a Grecia y a Roma, que cuentan con tantas fuentes documentales. Tal reflexión nos inclina, pues, a considerar mejor el límite carolino para demarcar el ámbito de la Arqueología, comprendiendo toda la Edad Media.

Porque, además, no debe olvidarse que las fuentes de conocimiento de la Arqueología son no sólo los monumentos y las inscripciones, sino también los testimonios literarios, que pueden dar y han dado excelentes pistas a los excavadores. Puede pensarse en cómo explotó Schliemann las descripciones homéricas para la localización de Troya.

Forzados a reducir y concretar algunas ideas fundamentales, queremos recordar a los Maestros que hay algo, a veces no valorado suficientemente, en lo que ellos pueden y deben tener máximo cuidado, para convertirse en avisadores inmediatos de los especialistas (y en primer término, de los delegados provinciales de excavaciones arqueológicas). Ese algo son los restos cerámicos, las vasijas. Piensen, como ha recordado recientemente el profesor Beltrán Martínez, que, según Schliemann, "las vasijas son el cuerno de la abundancia del saber arqueológico". Y que Flinders Petrie decía que en la cerámica está "el alfabeto propio de la arqueología de cada país".

Con esas letras, cuyo conocimiento supone una auténtica especialización, porque es mucho más variado y difícil de lo que se supone, se construye luego la Arqueología.

Los métodos de la Arqueología.—Nos parece oportuno dedicar las líneas finales a este tema. Porque la Arqueología tiene sus métodos propios. Ante todo, pues nos dirigimos a Maestros, queremos decir que nos referimos a la Arqueología de campo, la única ya digna de tal nombre.

Primera etapa: la prospección; determinación de la existencia de vestigios, sin necesidad de profundizar en la tierra. Profundizar, ya lo hemos dicho, no debe hacerlo nunca un profano. Pero en esta primera etapa el papel del Maestro puede y debe ser esencial. Casi diríamos que en el medio rural *insustituible*. Su servicio puede ser de un alto valor, cuando prudentemente sepa detenerse a tiempo. Luego, podrá colaborar en las siguientes fases. Algunas veces, cuando se vive en una zona que se conoce (hasta por el nombre, incluso) que fue po-

blada en tiempos de mucha antigüedad, las fuentes literarias antiguas pueden ser una guía de valor inestimable. Leer las descripciones, procurar localizar sitios, guiados por el "instinto y el conocimiento de la tierra", cosa que desde lejos no puede hacer un investigador. Pero, *in situ*, sí que puede hacer el Maestro, incluso en sus paseos escolares, con la ayuda de los niños, que, si son de pueblos, suelen conocer a las mil maravillas su término municipal, sus nombres, etc... La toponimia—no se olvide—es altamente indiciaria. Esos pueblos o parajes que se llaman Castros, Castellares, Bastidas, etc... Recientemente se ha llamado también la atención sobre las diferentes coloraciones del suelo, que pueden denunciar cimientos de piedra, edificios enterrados, calzadas, murallas, etc...

Particular importancia, ya lo hemos dicho, tiene la proyección cerámica. Y con objeto de que el Maestro sepa qué es lo que más puede interesar como indicador, en los informes que remita, damos el siguiente esquema: dimensiones (altura, anchura, profundidad, espesor o grosor de la pieza); si está a mano o torneada; asas, picos, molduras o perfiles; color del fondo y de las figuras (si las hubiere); materia (color de la tierra, que puede ser diferente del color que aparece en superficie de la vasija o resto), estado de la cocción, dureza, tipo de cocimiento, porosidad; decoración de la misma.

Los arqueólogos dan importancia creciente a otra operación que también podrá hacer el Maestro: el etiquetado y el embalado. Es preferible poner a cada pieza, en lugar donde no vaya a ser muy visible, en caso de exposición, pegadas unas pequeñas etiquetas numeradas, que harán referencia a un índice, en el que ya pueda ir descrita la pieza, el lugar de su hallazgo, la forma en que se encontró, etc. En general debe consignarse: nombre del terreno; fecha del descubrimiento; localización en el plano o croquis, si se ha levantado, como es deseable; nivel del hallazgo; descripción sumaria. El embalado en cajas a ser posible de madera, con viruta y papel resistente e indicaciones de fragilidad. No debe intentarse su lavado, ni mucho menos raspado, o limpieza. Menos aún, la restauración. Todo esto es tarea de los laboratorios de Arqueología.

Segunda: la excavación propiamente dicha. En la actualidad sólo a cargo de especialista y personas legalmente responsables. La legislación española las prohíbe taxativamente, salvo autorización expresa administrativa. El procedimiento debe ser, en todo caso, *estratigráfico*, que fue iniciado por Boni en las excavaciones del Foro romano y que ha mostrado la máxima perfección y los mejores resultados. En materia de Prehistoria o Protohistoria es absolutamente imprescindible. Las observaciones, incluso de carácter litológico, deben ser precisas, exactas. Son los estratos los que dan las sucesivas series y la posibilidad de su datación. En turberas, tremedales, lagunas, terrenos pantanosos puede haber a la vez peligro y grandes dificultades. Incluso, el movimien-

to de las aguas o cienos ha podido transportar los restos de un lugar a otro.

Tercera: la documentación de la excavación. Hay que llevar fichero por zonas y objetos, restos y documentos; diario de operaciones; cartografía o croquis. Y luego, plasmar los resultados en una Memoria. El consejo general es, en la redacción de la Memoria, ajustarse lo más posible al orden del diario, pues siguiéndose, como se ha dicho, el método *estratigráfico*, lo natural es que así se consiga, en la redacción de la Memoria, un orden en cierto modo cronológico, no solamente de los hallazgos, sino de la auténtica cronología de los restos y monumentos. Una Memoria, aun sucinta, como la que el Magisterio podría hacer para dar cuenta de su "prospección" (actividad a la que deberá limitarse) debe contener: a) Parte geográfica: descripción del lugar de los hallazgos, si es preciso, en relación con lo

La figura fundamental del acontecer histórico, abstracción hecha de todo vínculo con un orden superior, consiste en que una generación haga suya la situación en que se encuentra, sea porque se adapte a ella para perdurar, sea porque la domine y la transforme, sea porque la convierta en trampolín para saltar más allá. De cualquier manera, hay que asegurar la situación y apropiárnosla, concretar una situación dada en situación "asumida". Una situación conceptual y abstracta es un escenario rodeado de bastidores; sólo al asumirla se convierte en "mi" situación. Y esto sucede una vez y otra vez, de época en época, de generación en generación, de año en año. En este sentido la historia consta de puros momentos presentes. Es la sarta de los momentos que se forman sucesivamente con la materia prima del futuro.

(HANS FREYER: *Teoría de la Época Actual*. Breviarios del fondo de Cultura Económica, Méjico, 1958, página 225.)

que se sepa de la arqueología de la región o comarca; b) Parte cartográfica: diseño, croquis o mapa y a ser posible referencia al mapa nacional 1:50.000; c) Parte expositiva de lo que ha constituido la prospección; d) Parte gráfica, y a ser posible fotográfica; e) Índice descriptivo de los elementos hallados; f) Si es posible, alguna "conclusión" aunque sea provisional (valga la paradoja) acerca de la valoración e interpretación de los hallazgos.

Es claro que en muchas de estas operaciones, en casi todas, puede tenerse la colaboración de los alumnos, que quedarán encantados al ver que su Maestro o Maestra los utiliza en un trabajo "real", de carácter rigurosamente científico. Pocos dibujos se harán con mayor ilusión que el de aquellos cacharros rotos, o que aquel croquis con medidas a escala, en que poder ir situando, en sus puntos respectivos, los hallazgos. Me parece que resulta evidente una cosa: la Arqueología no será ya para aquellos niños o niñas una cosa muerta y de museo, sino algo vivo,

que "sirve", que enseña y forma. Un trabajo en equipo que quién sabe si puede servir de pista fructífera para una excavación formal de unas ruinas ilustres.

BIBLIOGRAFIA

(Selección de la más accesible)

- NAVAL, FRANCISCO: *Curso breve de Arqueología*. Madrid. Ed. Cultural, 1934.
- OBERMAIER, HUGO: *El hombre fósil*. Madrid, 1927.
- OBERMAIER, H. y GARCIA BELLIDO, A.: *El hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad*. Madrid, 1946.
- DECHELETTE, J.: *Arqueologie prehistorique*. París, 1927.
- HALPHEN, L. y SAGNAC, P.: *Les premières civilisations*. París, 1935.
- MARTIN ALMAGRO, A.: *Introducción a la Arqueología. Las culturas prehistóricas europeas*. Barcelona, 1941.
- BELTRAN MARTINEZ, A.: *Introducción al estudio de la Arqueología*. Cartagena, 1947.
- MELIDA, J. R.: *Arqueología española*. Ed. Labor, Barcelona.
- CAMON AZNAR, J.: *Las artes y los pueblos de la España primitiva*. Espasa Calpe. Madrid, 1957.

INDICACIONES METODOLOGICAS PARA LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

por JOSE MARTIN-MAESTRO MARTIN

Inspector de Enseñanza Primaria.

Una reflexión sobre la metodología de los estudios históricos en las tareas escolares se justifica como cosa en extremo urgente y necesaria en la época presente. «El poder configurador que tienen sobre la conducta humana los ideales y modelos»; la «excepcional coyuntura de aceleración y cambio en la que por vez primera desde el paleolítico» están inmersas las generaciones presentes y «las múltiples cadenas causales que ligan entre sí las realidades humanas en complejos más amplios cada día» (vid. VIDA ESCOLAR, octubre 1962) son factores que obligan a reconsiderar los problemas metodológicos de la enseñanza de la Historia, a fin de adecuar ésta con las necesidades y exigencias de sectores cada vez más amplios que un día tras otro irrumpen en el escenario histórico no como meros espectadores, sino sintiendo gravitar sobre sí la responsabilidad de sentirse protagonistas de un momento histórico que requiere de cada uno de los hombres el conocimiento claro del cometido de su generación, en esta época de crisis y de cambio.

Otra de las razones que hacen precisa esta reflexión está en la deformación producida por una metodología equivocada que, utilizando predominantemente procedimientos verbales y memoristas, creía ver colmados los objetivos de la formación histórica

en la simple adquisición de datos y fechas y valuaba el rendimiento por la abundancia de unos o la exactitud de los otros. Por ello eran conceptuados como alumnos brillantes en esta disciplina los poseedores de una buena memoria que les permitía en el momento preciso evocar el dato o la fecha con fidelidad y exactitud. Aún hoy muchas pruebas de rendimiento se basan exclusivamente en este aspecto del conocer histórico, que, si bien es indispensable alcanzar en diversa medida según el grado de formación, no constituye por sí solo el fin de esta enseñanza.

Nada hay, en efecto, más impropio para la formación del «verdadero sentido histórico» que esa monótona descripción de sucesos pasados sin penetrar en sus relaciones de sucesión, temporalidad y causalidad o interdependencia. A ellas se une la posible localización en el espacio. Sin embargo, estas tres categorías del acontecer histórico: tiempo, espacio y causalidad, las dos primeras de orden físico, la tercera afecta, en su percepción al menos, al orden lógico o ideal, son imperfectamente perceptibles por los escolares, imperfección o dificultad que hace preciso una especial consideración de ellas, para que la enseñanza y los programas no sobrepasen las posibili-